

sus orillas donde la opulenta vegetacion de los trópicos prodigaba su lujo indescriptible. El arte de los indijenas, ayudando á la naturaleza, habia hecho de aquella mansion un jardin encantado, formando vergeles, arboledas, praderas, y castillos que contenian habitaciones sencillas.

Colón, profundamente conmovido ante espectáculo tan delicioso, detuvo su caballo, y mandó á la columna que hiciera alto, á fin de admirar cómodamente aquel cuadro, elevarse al autor de aquellas bellezas y bendecirle públicamente por las magnificencias que le permitia descubrir (1). Á dicha llanura, la más magnífica del mundo, la llamó *la Vega real*.

Cuando se acercaban á los puntos habitados, tocaban las trompetas, desplegabánse las banderas, y los tambores daban redobles. Admirados los indijenas y espantados al propio tiempo acudian precipitadamente al encuentro de los poderosos extranjeros para contemplarles con respeto, ofrecerles frutos, provisiones y oro de que podian disponer, mientras que otros llenos de miedo echaban á huir, ó se encerraban en sus chozas, creyéndose ya seguros detras de su cercado de cañas. El Almirante prohibió que se forzara el frágil asilo, que constituia su seguridad. Llegó á las orillas del Yaque, pequeño rio cuya embocadura habia visto en su primer viaje, y al que habia llamado *Río del Oro*. Hízose alto en sus risueñas orillas.

Por espacio de dos dias se paseó el estandarte real de Castilla entre muchisimas tribus. Llegóse despues á los estribos de una cadena de montañas elevadas: era el distrito de Cibao, dominio del «señor de la casa de oro.»

El sábado, 15 de marzo, fué necesario tambien abrir un camino practicable para la caballeria. El cuerpo expedicionario se internó el dia siguiente en las gargantas pobladas de árboles de las montañas, y trepó sus escarpes con ardor. La vegetacion iba siendo, poco á poco, ménos abundante. Apénas se descubrían algunos pinos y palmistos en las verdes márgenes de los arroyos y de los rios; en otras partes el suelo escabroso sólo ofrecía penosas ondulaciones entrecortadas por rocas. Sin embargo, los españoles las contemplaban gozosos, porque en el fondo de todos los arroyos observaban pepitas de oro que les manifestaban la proximidad de las minas.

En su camino encontró el Almirante plantas desconocidas, recogió ámbar, lapislázuli y descubrió una veta metalifera que anunciaba la presencia del cobre. Resolvió no llevar más lejos la excursion, ántes bien asegurar por de pronto sus resultados por medio de una fortaleza que protegiera las comunicaciones entre las montañas de Cibao y el puerto de Isabel. Escogió para ello un sitio ventajoso en

(1) «Preñado de su extremada belleza y bendiciendo al Criador.» — Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*.



una meseta de rocas cuya defensa natural formaba el Yaque de aguas puras y frescas. Corría su álveo sobre vetas de mármol, jaspe y piedras curiosas. El aire era saludable. El Almirante, ingeniero por naturaleza, improvisó una fortaleza en aquel sitio. Desde lo alto de las murallas formadas de madera y tierra, recorría la vista una deliciosa sabana. Dió á dicho fuerte el nombre de «Santo Tomás» á causa de la incredulidad de los españoles respecto del oro, hasta que lo hubiesen recogido por sí mismos en el fondo de los ríos.

Después de haber trazado Colón el camino que debía unir Isabel con el fuerte Santo Tomás, instaló en dicha plaza cincuenta y seis hombres escogidos y algunos caballos al mando de Pedro Margarit, caballero de Santiago, padre de familia, sin fortuna, que él había recomendado á los Reyes; circunstancia notable, porque ese oficial ingrato y rebelde fué después una de las principales causas de las desgracias de la Colonia y de los sinsabores del Almirante.

## § II.

De regreso Colón á Isabel, y cuando no se hallaba todavía descansado de sus fátigas, un enviado de Pedro Margarit le dió parte de que el «señor de la casa de oro,» el Cacique Caonabo, se preparaba para asediarse. Sin inquietarse gran cosa el Almirante, porque conocía la debilidad de los indios, y el terror que les imponían los caballos y armas de fuego, envió, sin embargo, un refuerzo de setenta hombres con sus correspondientes víveres. Después se ocupó en activar la terminación de Isabel.

La fecundidad del suelo era maravillosa. Las legumbres germinaban en tres días y llegaban á su madurez en tres semanas. El 30 de marzo, día de Pascua, un labrador ofreció al Almirante espigas sazonadas de trigo sembrado á últimos de enero. Se tenía la seguridad de obtener dos cosechas anuales. No obstante esta esperanza no podía remediar los males actuales. La fiebre causaba estragos. Los obreros robustos, abrumados de fatiga, se descorazonaban, y trabajaban poco; los hidalgos, dominados por su orgullo, se entregaban á amargas quejas, maldecían al Almirante, blasfemaban del descubrimiento, y consumían sin ninguna utilidad para la colonia los víveres que iban disminuyendo visiblemente. La mayor parte de las carnes estaban maleadas, los medicamentos agotados; ya no quedaba más que una corta provision de vino. Sólo el trigo, mejor conservado, ofrecía algún recurso, pero era preciso economizarlo.

El Almirante pensaba enviar al interior de la isla la tropa que llegaba al número de cuatrocientos infantes y diez seis jinetes, á fin de no dejar en Isabel

más que los trabajadores y los enfermos. Mientras tanto, comenzó por racionar á todos los individuos de la colonia, sin excepcion de clases ni de personas, y él fué el primero en sujetarse á la ley comun. Esta medida de salvacion pareció insopor-table á algunos. Habiéndose agotado las provisiones de harina, se distribuyeron raciones de trigo tal como existía en almacén. Cada uno pues se vió obligado á moler por sí mismo con un molino de sangre su porcion de harina; pero no había bastantes molinos. Además los voluntarios, los hidalgos, los que acostumbrados á las comodidades de la vida, no habían ido á la isla sino para amontonar oro, se negaban á dicho trabajo, al que, por otra parte, no podían entregarse los enfermos, ni los convalecientes: los hombres acostumbrados á la fatiga, obligados á hacer solos dicho trabajo además de los suyos propios, caían enfermos ó fingían estarlo. Colón juzgaba inicuo hacer recaer todo el peso de aquella calamidad sobre los pobres obreros. El establecimiento de un molino público y la terminación del canal que quería hacer pasar por el centro de la ciudad, podían remediar únicamente aquellos inconvenientes. Decretó pues obligatorio, bajo penas severas, el trabajo para aquellas dos obras de utilidad pública. La urgencia justificaba la severidad, porque aquel trabajo colectivo y temporal dispensaría dentro de corto tiempo de un trabajo irregular y diario; y sin esfuerzos daría á todos pan cocido de un modo conveniente. Esta medida, empero, sublevó el orgullo castellano. Los empleados, los oficiales de la real casa, los hidalgos, se consideraron profundamente humillados viéndose obligados al trabajo manual. Parecíales natural que los obreros, minados por el exceso de trabajo y la insuficiencia de alimento, hicieran solos en medio de la penuria general, el canal, el molino, los hornos, y terminaran con perjuicio de su vida los almacenes y edificios públicos.

Elevándose el alma cristiana de Colón por encima de las consideraciones de clase y de prerogativas, mantuvo el principio de la igualdad ante el peligro y comun ruina. Sometió las preocupaciones de la sangre á las exigencias del infortunio. Todos los hombres sanos, requeridos y dirigidos por secciones en el punto de las obras, pagaron el tributo de su prestación personal. El castigo de los rebeldes aseguró la ejecución de sus medidas. No pudo detenerle ninguna consideración, pero su inflexibilidad salvadora fué un agravio que no le perdonaron los castellanos. Excepto los obreros extenuados y los enfermos á quienes salvaba su misericordioso rigor, los funcionarios de la colonia, los empleados de la corte, los nobles voluntarios, el mismo vicario apostólico, todos se habían declarado contra él. Colón supo llegar hasta el fin, y el éxito justificó su sabiduría.

Para despertar la indolencia de las almas y disminuir las fatigas por su equitativa distribución, se necesitaba una compasión superior á las consideraciones de personas, una voluntad fuerte como la misma necesidad, esa ley que las domina todas. La energía desplegada por el Almirante sin consideración á las influencias,



clases y oposiciones, salvó la colonia, y sabido es que el fin justifica los medios. Estos, no obstante, fueron tan moderados como lo permitían las circunstancias.

Sobre este particular, se resúmen los testimonios unánimes en éste del cronista real, Herrera: «Fué necesario establecer molinos para moler trigo; pero como los soldados y trabajadores estaban enfermos y débiles, fué necesario de toda necesidad que la nobleza trabajara en ellos, lo que les affigía tanto como la muerte... Sin embargo, viendo el Almirante todos esos disgustos, se vió obligado á usar de violencia á fin de que su pueblo no pereciera, por falta de trabajar en las obras públicas (1).»

Colon sentaba por principio la máxima de los religiosos de los primeros siglos: «El que no trabaja no merece comer.» Á los nobles holgazanes y á los egoistas perezosos les ofreció la eleccion entre el trabajo y la disminucion de las raciones; por cuyo motivo los consumidores inútiles le crearon una reputacion de barbarie que el apoyo del vicario apostólico revistió de cierta apariencia de verdad. Las oficinas de la marina en Sevilla exageraron con mucha complacencia esa reputacion, y la consolidó el parentesco ofendido de los hidalgos sujetos por él al trabajo, y sobre todo el padre Boil que no esperaba ya atenuar sus injusticias sino calumniando al Almirante.

Aquí se hace necesaria una breve explicacion acerca del padre Boil y de sus trabajos evangélicos.

El padre Bernardo Boil, catalan, monje benedictino de Montserrat, muy acreditado en la Corte por su saber, capacidad, conocimiento de los negocios, sutileza y recursos de su talento, irreprochable por otra parte en cuanto á la regularidad de las costumbres, no había ido á las Indias espontáneamente, movido por su vocacion. No había pedido el apostolado.

Designado por los Reyes para aquel vicariato apostólico, había obedecido embarcándose, como habría ido á unas negociaciones diplomáticas á que era aficionado. La mayoría de sus cooperadores elegidos por él se resentían de la falta de vocacion, de la que él mismo carecía. Entre los que traía consigo, algunos estaban realmente destinados para evangelizar á los idólatras; formados la mayor parte de ellos para la tranquila regularidad del claustro, se encontraban sin fuerza y sin eficacia en su nuevo género de vida. No tenían celo, ni facilidad para hablar la lengua de los indigenas y darles á conocer á Dios. No edificaban, ni consolaban á nadie, ni se consolaban tampoco mutuamente por causa de su alejamiento, sino que pasaban el tiempo criticando al Almirante y echando ménos la patria.

Lleno el padre Boil de consideracion hacia Colon, fué de parecer distinto del

(1) Herrera, *Historia general de los viajes á las Indias occidentales*, década 1, lib. II, cap. XII.

suyo relativamente á la presunta complicidad de Guacanagari en el asesinato de los españoles dejados en el fortín. Hubiera querido castigarle por una sospecha, á fin de mostrarle la superioridad de los españoles que penetraban en el pensamiento sin dejarse engañar por protestas ni apariencias. El Almirante se había mostrado más paciente, más confiado y misericordioso que él, y de ahí su involuntario desvío respecto á Colon. Dos veces había aconsejado inútilmente medidas precipitadas y violentas contra Guacanagari, y no estaba acostumbrado á dar sus consejos inútilmente. El rey Fernando, gran político, ponderaba mucho la habilidad de que dió pruebas cuando se trataron los asuntos del Rosellon. Él mismo personalmente le había designado para su puesto evangélico. Orgullosa el padre Boil por el sufragio real, y teniendo formado un elevado concepto de sí mismo, se indispuso profundamente contra el Almirante que parecía creer más en aquel salvaje que en su penetracion de diplomático. De ahí nació la enemistad del benedictino contra Colon. Ese gérmen oculto bajo las formas cultas, se manifestó exteriormente luégo que el peligro de carecer de viveres obligó al Almirante á racionar la colonia sin excepcion ninguna, y se dió á conocer de una manera mortificante cuando Colon obligó á los trabajos de urgencia á los hidalgos y voluntarios que no cobraban sueldo del erario real.

El vicario apostólico censuró públicamente una medida imperiosamente impuesta para la salvacion comun, acusó á Colon de «crueldad (1);» y los murmuradores, los nobles ofendidos por su supuesta humillacion, se apoyaron en la autoridad del vicario apostólico, contravinendo las órdenes del Almirante, y como éste no podía emplear castigos corporales, disminuía ó suprimía su racion como se practica á bordo. Era el único medio que tenía para sujetar la insolente holgazaneria. Quizas sin creer llevar las cosas á tanto extremo, inspiraba el padre Boil la desobediencia, y fomentaba la rebelion; pero no por esto dejaba el Almirante de hacer ejecutar sus órdenes. Á consecuencia de esta oposicion en varias circunstancias, abusando el vicario apostólico de sus poderes espirituales, fulminó excomunion contra el virey y puso en entredicho la Iglesia (2); pero cuando llegaban á ese extremo, suprimía el Almirante la racion por completo, y la ira del vicario apostólico se aplacaba en seguida.

Mientras que el piadoso fraile Juan Borgoñon, religioso de la orden de San Francisco, y el hermano Roman Pane, llamado el pobre ermitaño, de la orden de San Jerónimo, se aplicaban al estudio de la lengua de Marcorix que era el idioma

(1) Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*, década 1, lib. II, cap. XII.

(2) «El Almirante no había cedido un ápice en una conducta que juzgaba necesaria, y hacia desde luego cesar el entredicho quitando enteramente la racion al benedictino.»—Charlevoix, *Historia de Santo Domingo*, lib. II, pág. 125, en 4.º



más extendido entre los diversos pueblos de la isla, disgustado el superior de la misión de los pobres indios, escribía á la reina confesando la inutilidad de su estancia entre ellos á causa de las dificultades del idioma, y le instaba para que decretara su regreso.

Los trabajos de urgencia se ejecutaban, al traves de los contratiempos, gracias á la firmeza de Colon. Hizo salir la guarnicion de Isabel para el interior de la isla á fin de reconocerla completamente, mostrar á los pueblos el estandarte de Castilla, la fuerza de sus súbditos, y adquirir noticias de los yacimientos del oro, de todas las riquezas, de todos los recursos del suelo, y sus comodidades estratégicas.

Esta medida ofrecía á la colonia la ventaja de asegurar sus viveres por más tiempo y acostumar á los soldados á la alimentacion de los indígenas. El Almirante envió pues á Pedro Margarit toda la tropa al mando de Ojeda que debia entregárselo para tomar el del fuerte de Santo Tomás.

## CAPÍTULO IV.

DIVISION TERRITORIAL DE LA ESPAÑOLA ENTRE LOS CACIQUES.—COLON, PREPARÁNDOSE PARA NUEVOS DESCUBRIMIENTOS, INSTITUYE UN CONSEJO DE GOBIERNO.—PARTE CON TRES CARABELAS.—RECONOCE LA COSTA SUDOESTE DE CUBA.—DESCUBRE LA ISLA DE JAMÁICA.—REGRESO Á CUBA PARA SABER SI DICHA TIERRA ES UNA ISLA Ó CONTINENTE.—DESCUBRIMIENTO DEL ARCHIPIÉLAGO DE LOS «JARDINES DE LA REINA.»—FELICIDAD, PELIGROS Y FATIGAS DE AQUELLA NAVEGACION.—COLON SE DIRIGE Á LAS ISLAS DE LOS CARAIBES, CON INTENCION DE REGISTRAR LAS GUARIDAS DE LOS CANÍBALES Y DESTRUIR SU MARINA Y SUS ASTILLEROS PARA IMPEDIRLES EL IR Á DEVASTAR LAS TRIBUS PACÍFICAS.—ATACADO REPENTINAMENTE DE LETARGIA, LE CONDUCCEN COMO MUERTO Á LA ISABELA.—ARREGLO ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL.—TRATADO DE TORDESILLAS.

### § I.

A fin de seguir con facilidad los primeros pasos de los castellanos y las operaciones del Almirante en la Española, indiquemos brevemente su division política y territorial.

En la isla de Haiti, que el Almirante llamó isla Española, reinaban cinco reyes ó grandes caciques, cada uno de los cuales tenia bajo sus órdenes cierto número de señores ó caciques subalternos, especie de grandes vasallos. Esos cinco reyes eran Guarionex, Caonabo, Behechio, Guacanagari y Guayacoa.

Guarionex, salido de la más ilustre raza, tenia por Estados toda la parte Noreste de la isla en la que se hallaba comprendida la magnífica llanura, parte de ella cultivada, que recibió el nombre de *Vega real*. Sin haberle pedido permiso, se levantó en su territorio propio la ciudad de Isabela.

Guacanagari reinaba en el Noreste, desde la Artibonita hasta más allá de Monte-Cristo.

Guayacoa ocupaba la parte oriental más expuesta á los ataques de los caraibes. Sus súbditos, mejor armados que los restantes indígenas, sabian defenderse valerosamente.